

Iker Unzu

ESCAPANDO DE LA MANSIÓN EMBRUJADA



Iker Unzu

**ESCAPANDO DE LA
MANSIÓN EMBRUJADA**

m̄

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Iker Unzu, 2024

Edición y fijación del texto: Rodrigo Palacios, 2024

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de portada e interior: © Luis Doyague, 2024

Fotografía de Iker Unzu: archivo del autor

Diseño de interior: María Pitironte

Recursos de interior: © María Pitironte, a partir de los originales de Shutterstock, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2024

Depósito legal: B. 7.195-2024

ISBN: 978-84-270-5248-2

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

CAPÍTULO
1

LA
NOTICIA

8

CAPÍTULO
2

EL
VIAJE

24

CAPÍTULO
3

LA
MANSIÓN

40

CAPÍTULO
4

ATRA-
PADOS

60

COMIENZA
LA
BÚSQUEDA

CAPÍTULO
5

78

DESVE-
LANDO
SECRETOS

CAPÍTULO
6

96

CAPÍTULO
7

EL
TÚNEL

114

REUNIÓN
BAJO
TIERRA

CAPÍTULO
8

128

CAPÍTULO
9

EL
TESORO

142

CAPÍTULO
10

EL
FINAL

162



LA NOTICIA

Iker leía una extraña noticia en el móvil mientras se dirigía a su clase de inglés: una enorme grieta había aparecido de la noche a la mañana en una ciudad de Estados Unidos. En la foto se veía un agujero alargado que salía desde el borde de un jardín y se extendía hacia el centro de la calle. Estaba rodeada por un cordón policial y varias personas se asomaban desde el otro lado. Nadie sabía cómo ni por qué había salido...

Cuando Iker iba a entrar en clase, se encontró con que alguien abría la puerta desde dentro y empezaban a salir alumnos al pasillo.

«**Ah, es verdad**», recordó. «Tenemos que esperar a que se vayan los de la clase de canto».

Los primeros eran un chico y una chica que discutían sobre el final de su relación. Como llevaban una hora cantando, hablaban de forma melódica.

—*No eres tú, no eres tú* —dijo él—. *Soy yo.*

—*No fue culpa tuya, ni tampoco mía* —respondió ella—. *Fue culpa de la monotonía.*

Pero el chico no parecía convencido.

—*Échame la culpa a mí* —dijo.

—*Sabes que en el fondo tengo la razón* —insistió ella.

Detrás de la pareja iba otra chica que pensaba que aquella charla terminaría en pelea.

—*Malamente...* —murmuró.

Iker los miró con extrañeza.

—**¿Hablan con frases de canciones?** —comentó cuando ya se habían ido—. Qué gente más rara...

Iker y sus compañeros entraron en clase. Era el último día y se notaba que estaban nerviosos. En lugar de sentarse, muchos se movían de un lado para otro. El alboroto fue creciendo y, cuando llegó Miss Tucker, la profesora de inglés, encontró a los alumnos completamente revolucionados. Dos grupos de chicos estaban haciendo una guerra de bolas de papel, mientras que otros se apiñaban por docenas alrededor de varios teléfonos móviles.



Miss Tucker se dirigió a su mesa con la espalda recta y la cabeza estirada, fingiendo que el ruido no le importaba en absoluto.

—¡La *teacher!* —avisó alguien.

La gente se apresuró a volver a su sitio, chocando unos con otros por el camino, apagando teléfonos, soltando las bolas de papel y agachando la cabeza.

Iker no se había movido de su silla. No quería tener problemas con aquella mujer. Todavía recordaba la vez en que Miss Tucker le tuvo veinte minutos aguantando las ganas de ir al baño hasta que pudo decir: «*May I go to the bathroom, please?*» con un inglés más perfecto que el de la reina de Inglaterra. Y eso que Miss Tucker no sabía ni decir «hello» sin que pareciera que tenía comida en la boca.

Miss Tucker era la típica profesora que, a primera vista, parecía que te iba a caer muy bien, pero que terminaba siendo tu peor pesadilla. Siempre llevaba puesta una falda larga de colores y una camiseta al estilo *hippie* y, obviamente, no podía faltar el altavoz, que llevaba consigo a todas partes. Un infierno para los alumnos.

Un avión de papel cruzó por delante de la profesora, que lo siguió con la mirada como si pudiera pulverizarlo lanzando rayos por los ojos.

—*Good morning, class* —saludó Miss Tucker.

Algunos respondieron «good morning» con pocas ganas. La mujer sonrió de manera siniestra. Nunca se sabía si estaba contenta o enfadada. Era muy rara Miss Tucker. Todos la llamaban «Mística».

—*I have some news for you* —dijo.

Al instante se escucharon murmullos.

—**¿Ha dicho «news»?** —preguntó alguien—. ¿Qué news tiene esta?

—*Silence!* —ladró la profesora. Luego carraspeó—. *One of you has been accepted in an American university.*

Era una frase demasiado larga para los que tenían menos nivel.

—Solo he entendido lo de «American» —comentó Roberto, un chaval que suspendía todas, todos los años.

—*In English, Roberto!* —le regañó Miss Tucker.

—Que digo que... —intentó Roberto—. *Can you... explain... the American thing?*

La profe puso cara de disgusto. Al lado de Roberto estaba Iker, que se apresuró a echarle una mano a su compañero.

—Dice que han admitido a alguien en una universidad americana —susurró.

—**¡¿Quééééé!?** —exclamó Roberto sorprendido.

Miss Tucker abrió los ojos como platos y Roberto trató de corregir la frase.

—*What do you say, Iker?!* —preguntó Roberto.

Toda la clase se echó a reír; menos Iker, que estaba supernervioso preguntándose si él sería el afortunado.

—*I will tell you who is the lucky one, if you ask me in English.*

Roberto volvió a inclinarse hacia Iker, pidiendo traducción.

—**¡Que se lo preguntes en inglés!** —susurró Iker de corrido.

Roberto afiló los ojos para concentrarse.

—*Who is the... people que... ¿A quién?* —dudó.



Miss Tucker dejó escapar un suspiro.

—*Dear Lord...* —murmuró—. *What's the point of coming here?*

—¿Ha dicho el nombre? —quiso saber Roberto.

—No, ha dicho «Lord» —explicó María, otra chica que estaba detrás—. Significa «Dios».

—«**Lord**» significa «señor» —puntualizó Alejandra, que estaba junto a María.

—Pero lo ha dicho en plan «Dios», ¿no lo has visto? —insistió María—. Se ha puesto la mano en la cara, como mal; como para decir «¡Dios!».

—*English!* —suplicó Miss Tucker.

Iker no pudo aguantar más y se puso de pie.

—*Miss Tucker, please* —dijo con voz temblorosa—. *Who is it?*

La profesora parpadeó varias veces. Era lo que hacía cuando quería escuchar una frase más larga.

—*Who has been accepted in an American university?* —preguntó Iker.

Todos miraron a Miss Tucker, que disfrutó retrasando la respuesta unos segundos más, aumentando el suspense.

—*You, Iker* —aclaró ella por fin—. *You have been accepted in the L.A. University.*

Varios compañeros dejaron escapar una exclamación. Iker abrió la boca como un buzón y se llevó las manos a la cabeza.

—**¿Qué ha dicho, Iker?** ¿Qué ha dicho?! —preguntó Roberto con ansia.

—¡Que me han aceptado, tío! —respondió Iker.

Roberto se levantó enseguida y los dos se abrazaron. Iker estaba superemocionado.

—**¡Toma!** —gritó Roberto.

Más gente se puso en pie para celebrarlo.

—¡Bieeen!

—*Silence! English!* —gritó Miss Tucker.

Otro avión de papel le pasó por delante. Esta vez, la profesora lo atrapó en el aire con unos reflejos de superhéroe y se fue directa a por quién lo había lanzado.

Varios compañeros se acercaron a darle la enhorabuena a Iker, mientras él se sentía transportado de golpe a lo alto de una nube. ¡Iba a viajar a Los Ángeles! ¡El lugar donde los creadores de contenido se conocían y aprendían unos de otros!

Iker llevaba algún tiempo pensando que no encajaba en ningún grupo; que no tenía gente con la que compartir su pasión. Pero ahora iba a poder hacerlo! ¡Era demasiado bueno para ser verdad!

Cuando Iker volvió a casa desde el instituto y se lo contó a su familia, su madre, Marta, no supo si ponerse contenta o no.

—**¿Los Ángeles?** —preguntó—. ¿No está más cerca Nueva York?

—¡Que me han admitido, mamá! —insistió Iker loco de alegría—. ¡No me lo puedo creer!

Su padre y sus hermanos estaban muy contentos, pero la madre seguía mostrándose recelosa.

—Habrás que comprarte ropa —dijo—. ¿Qué tiempo hace en Los Ángeles?



—Yo qué sé... —dudó Iker—. Calor, supongo.

—Míralo, que hay que organizarse. ¿Cuándo te vas?

—**¡Pasado mañana!** —celebró él.

—Pasado... ¡¿qué?! —se asustó su madre. Agarró al padre por los hombros y lo miró directo a los ojos—. ¡Asier! ¡Tenemos que poner lavadoras!

Los padres de Iker se marcharon volando a la cocina.

—¿Qué os pasa? ¿Qué es esta escandalera? —preguntó la abuela Gertrudis saliendo del cuarto de baño.

—¡Me voy de viaje, abuela! —exclamó Iker.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde vas, hijo? ¿A Logroño?



—**¿En América?** —cuestionó—. ¡Muy lejos!

—¡Pero así aprendo inglés!

—¡Si tú ya sabes! —señaló Gertrudis—. Ves vídeos en inglés del *tikitaka* y el *instagrás* ese.

—¿TikTok e Instagram?

—¡Eso! Como se diga —admitió la abuela, agitando la mano delante de la cara—. Además, ¿no te enseñan inglés aquí?

—Sí, pero yo quiero aprender más —explicó Iker.
Gertrudis frunció el ceño y resopló.

—**iBah! Qué pereza...** Soy muy vieja para esto —se dio la vuelta y se marchó por el pasillo hablando consigo misma—. América... ya ves tú. Con lo bien que estamos aquí. A saber lo que comerá esa gente...

Inés y Álex, los dos hermanos pequeños de Iker, seguían delante de él sonriendo. Eran mellizos, tenían nueve años y nunca dejaban de molestarle.

—**¿A vosotros qué os pasa?** —preguntó Iker con desconfianza.

—¿Puedo quedarme con tu habitación? —propuso Inés.

—No.

—**¿Y yo?** —planteó Álex.

—iTampoco! —sentenció Iker—. A ver: que solo voy a estar fuera durante el curso, ¿eh?

—¿Y tu cama? ¿Me la puedo quedar? —insistió Inés. Luego sonrió con malicia—. Bueno, aunque digas que no, ya es mía. ¡Te fastidias!

—iQue no podéis quedaros con nada! —replicó Iker, tratando de acabar con la discusión y marchándose hacia su habitación—. ¡Hala, venga! ¡Id a jugar!

Pero sus hermanos fueron detrás de él.

—**¿Y tus juguetes?** —intentó Inés—. ¡Ya no los usas! ¿Qué te importa que...?



—¡Que no entréis aquí! ¡Ya está bien! —interrumpió Iker a su hermana antes de cerrar la puerta de su cuarto. Después lanzó un suspiro—. ¡Jo! ¡Qué pesados!

Encendió el ordenador y buscó información sobre Los Ángeles. Aparecieron fotos de días soleados, calles con palmeras a los lados, coches supermodernos y gente saltando en monopatín cerca de la playa.

Las noticias más recientes hablaban de una casa encantada en la que se oían ruidos extraños y algunos decían haber presenciado sucesos paranormales. A Iker le pareció interesante; era como uno de los juegos de terror sobre los que él subía vídeos a su canal. Sin embargo, cuando hizo clic en el primer enlace, el ordenador se apagó de golpe.

—**No fastidies...** —murmuró Iker.

Trató de volver a encenderlo, pero el ordenador no respondía. Probó con otro enchufe y lo intentó una vez más, sin éxito. Ahora no tenía tiempo de solucionarlo, así que lo dejó para más tarde.

Colocó la cámara y grabó un vídeo contando lo que le acababa de pasar. Dejó para el final el momento de dar la gran noticia, cuando...

—¡Iker! —llamó su madre desde la cocina—. ¡¿Qué tiempo hace allí?!

Iker detuvo la grabación.

—**¡Buen tiempo!** —respondió.

—¡¿Cómo de bueno?! —dudó la madre.

—¡Ay, mamá! —se quejó Iker—. ¡Pues bueno, bueno! ¡Ponía que el día más frío hacía ocho grados!

—¡Eso es frío! —resolvió ella—. ¡Te llevo un abrigo!

Iker se quedó esperando, para asegurarse de que su madre no le interrumpiera de nuevo. Luego, volvió a pulsar el botón de grabar.

—**¡A ver si ahora me dejan!** —empezó diciendo—. ¡Que me voy a L.A.! ¡Me han admitido!

Detrás de Iker, la puerta de la habitación se abrió y apareció su madre con cara de agobio.

—Nos vamos todos, hijo —declaró Marta como quitándose un peso de encima.

Iker detuvo la grabación por segunda vez e hizo girar la silla para mirar con tensión a su madre.

—**¿De qué hablas, mamá?** —dudó.

—Vamos todos contigo a Los Ángeles —explicó Marta.

Inés y Álex estaban detrás de ella y empezaron a dar saltos de alegría.

—¡¡Bieeeeeen!! ¡¡De viaje!!

Iker se quedó de piedra. En un instante pudo imaginar lo que significaba aquello: su madre pidiéndole a toda la familia que se colocara para hacerse una foto delante de cada estatua, cada museo, cada restaurante, cada tienda... Su abuela quejándose de la comida... Su padre levantándolos a todos temprano para que fueran productivos...

—No, no... —suplicó Iker—. Mamá, ¡no!

—Sí —dispuso ella—. No hay tiempo para comprarte ropa. Y la chaqueta que tienes está hecha un asco. Y necesitas zapatillas. Nos vamos allí contigo y lo compramos todo.



—Pero **¿qué dices?** ¡Dame el dinero y compro yo lo que haga falta! ¿Cómo vais a venir conmigo?

El padre de Iker apareció por detrás de la madre con aire des-
pistado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que nos vamos con Iker a Estados Unidos —dijo la madre.

—**¿Que vamos...?** ¿Por qué, Marta? —cuestionó Asier con preocupación—. ¡Si aquí estamos muy bien!

—¡Pero tu hijo no tiene ropa! ¡Y así hacemos un viaje todos!
¡Que no viajamos nunca!

—Ay, ay, ay... —murmuró el padre terminando de encajar la noticia—. ¿Y qué hacemos con la abuela?

—**¡Nos la llevamos también!** —sentenció Marta.

—¿Que me lleváis adónde? —preguntó Gertrudis metiéndose entre sus nietos, que no dejaban de saltar y bailar.

—A América, mamá —dijo Marta, ya de regreso a la cocina.

—¿Y cómo vamos? —dudó la abuela—. Serán muchas horas de coche... No sé yo si quiero ir...

—¡En avión!

Gertrudis se puso pálida.

—¡Pero yo nunca he volado! —exclamó—. ¡¿Y qué pasa con mi telenovela?! ¡Tengo que ver *Misteriosa pasión!*

La abuela salió acelerada hacia la cocina. El padre de Iker puso cara de haber recordado algo.

—**¡Los partidos de mi equipo!** —dijo—. ¡Que me los voy a perder!

Al oír aquello, Inés dejó de dar saltos.

—¡Mi serie! ¡*La duquesa guerrera*! —chilló—. ¡Y quiero seguir haciendo bailes de TikTok! ¿Hay wifi en Estados *Hundidos*?

—Sí, Inés —respondió Iker, harto de tanto alboroto.

—¿Y qué hacemos con lo de mi equipo? —preguntó el padre—. ¡Tiene posibilidades de subir a primera división! Como me pierda un partido...

—¡¿A mí qué me cuentas, papá?! —protestó Iker—. Habla con mamá, que es tu mujer.

—**A tu madre ya no la convenzo, hijo** —se lamentó él—. Si no le hacemos caso, sacará la chancla.

Los hermanos de Iker se quedaron tiesos como palos.

—¡La chancla...! —repitió Álex igual que si estuviera nombrando una película de terror.

—Búscame una plataforma de vídeo de esas. ¡Pago lo que sea! —pidió el padre a Iker—. Un Netflix o un algo, para ver los partidos en cualquier lado.

—¡Y *La duquesa guerrera*! —añadió Inés—. ¡Y que tenga lo de la abuela también!

Iker resopló.

—Vale, lo busco... —aceptó con resignación.

—¡Gracias, hijo! —celebró el padre—. ¡Eres el mejor!

Todos se marcharon e Iker volvió a cerrar.

Apenas se hubo sentado de nuevo delante de la cámara, llamaron a la puerta. Era su madre.

—¿Qué pasa ahora, mamá? —preguntó Iker desesperado—. El tiempo es inmejorable en Los Ángeles.



—Me preocupa la casa —dijo Marta—. Se va a ensuciar mientras estamos fuera.

Iker no podía creer lo que oía.

—¡Pero si nos vamos todos! **¿Quién la va a ensuciar?**

—Todo se llena de polvo, Iker —aseguró ella—. ¿No has visto cómo están las casas abandonadas? Allí no entra nadie, pero se ensucian.

—¡Será porque están rotas las ventanas y entra el polvo! —dijo Iker.

—Voy a dejar a Merengue al cargo de todo —explicó su madre.

Merengue era el robot aspirador. Marta lo trataba igual que a una mascota. A veces lo llamaba, esperando que viniera él solito. Iker le había explicado mil veces que no funcionaba así, pero daba igual; ella no dejaba de hacerlo. A veces, parecía que Marta le tenía más aprecio al robot que a sus propios hijos.

—Separaré bien los muebles para que pueda limpiar —añadió la madre.

—Vale, pues ya lo tienes resuelto, **¿no?** —planteó Iker—. No me necesitas para nada.

—Sí —dijo la madre—. Tienes que poner cámaras de vigilancia.

Iker cada vez estaba más perdido con aquella conversación.

—**¿Cámaras?** —preguntó—. ¿Para qué?

—Para asegurarme de que Merengue está bien.

—¿Quieres instalar cámaras para ver al robot desde Los Ángeles?! —exclamó Iker.

—Eso es. Sabía que lo entenderías enseguida.



—¡Pero si es un robot! —dijo él—. ¿Qué crees que le va a pasar?

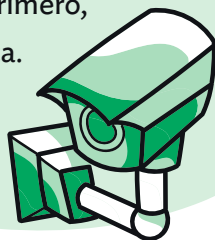
—No sé, hijo, no sé —Marta encogió los hombros—. Que se caiga.

—¡Vivimos en un piso! —repuso Iker.

—Acuérdate de cuando se le cayó encima la silla plegable —apuntó la madre—. Puede pasar algo de eso; algo que no hayamos pensado.

—**Ay, por favor...** —Iker se tapó los ojos con las manos. Aquello no iba a acabar hasta que hiciera lo que su madre quería—. ¡Está bien! ¡Pondré cámaras! Las compro y las instalo yo, ¿no? ¡Todo lo hago yo! ¡Ahora tengo que hacerle favores a toda la familia!

—Pero lo mío lo primero,
¿eh? —advirtió Marta.



La madre se marchó e Iker pudo terminar de grabar su vídeo. Luego hizo varios intentos hasta que consiguió encender el ordenador. Editó el vídeo a todo correr y lo subió al canal. Después compró las cámaras por internet y se marchó a merendar.

Al día siguiente, pasó la mañana entera buscando una solución para el problema de su padre y de su hermana. Finalmente, encontró una plataforma internacional en la que ofrecían todos los dibujos animados del mundo y todas las competiciones deportivas imaginables.

Después, llegó un repartidor con las cámaras. Iker las colocó por toda la casa e instaló una aplicación en el móvil de su madre.

—¿Ya están funcionando? —preguntó Marta alucinada.

—¡Sí, mamá! —respondió Iker harto—. Puedes ver las imágenes desde la aplicación.

—**¡Es increíble!** —exclamó ella—. ¡Y no has tardado nada! ¡Qué buen informático eres, hijo! ¿Seguro que quieres seguir con eso de los vídeos de internet? Está bien como afición; pero trabajo, trabajo... no sé si es.

—No hace falta ser informático para instalar las cámaras —aclaró él—. Solo había que enchufarlas.

—Eso dices tú, que sabes —repuso la madre.

Al final del día, Iker estaba hecho polvo. Terminó de preparar su maleta, la dejó junto a las de los demás y cayó rendido en la cama.

No había tenido tiempo de planear nada para cuando llegara a Los Ángeles. Tendría que improvisar...

